

TEMES

Cercles. Revista d'Història Cultural 16/2013: 53-81

ISSN: 1139-0158

HISTORIADORES EN EL PURGATORIO. CONTINUIDADES Y RUPTURAS EN LOS AÑOS SESENTA¹

Ignacio Peiró Martín
Universidad de Zaragoza

RESUM. A partir del análisis de la trayectoria de los 132 catedráticos de historia en las universidades españolas entre 1939 y 1969, el artículo estudia su papel historiográfico, su posición en las universidades y también su implicación política. Se analiza la cesura que significó la depuración de 1939, el poder ejercido desde las cátedras y las dificultades que se manifestaron desde finales de los años sesenta para introducir una renovación de la historiografía.

PARAULES CLAU. Universidad, franquismo, historiografía, catedráticos, España.

ABSTRACT. From the starting point of an analysis of the careers of the 132 professors of history at Spanish universities between 1939 and 1969, this article examines the role of historiography, its position in universities and also its political implication. The censorship entailed by the purge of 1939, the power exercised by professors, and the difficulties that occurred from the late sixties onwards to bring in a renewal of historiography are all analysed.

KEY WORDS. University, Francoism, historiography professors, Spain.

¹ Este artículo reúne las notas de mi intervención en la mesa moderada por Jordi Casassas «Rupturas y continuidades, tradiciones y modernidad» en el seminario *Los intelectuales ante los desafíos de los años sesenta*, celebrado en la Universidad de Barcelona el 16-17 de diciembre de 2011. Y se integra dentro del proyecto de investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España Contemporánea: Políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)*, del Ministerio de Economía y Competitividad.

En la universidad franquista, los catedráticos de historia tuvieron poco de intelectuales y apenas nada de la política del espíritu que había impregnado la historia europea en la época contemporánea.² Veintiún años después del final de la guerra civil, sus actuaciones en la vida cultural y pública española seguían alejadas de la imagen del «intelectual universalista» de origen francés (característico de la cultura liberal anterior a 1936) o de los «intelectuales expertos» (los *think tanks* que repoblaron el mundo anglosajón a partir de 1945),³ para asemejarse a las de los «mandarines» de tradición alemana (en tanto en cuanto potentados culturales que normalmente evitaban la esfera pública como una manifestación degradada del liberalismo político y a quienes, a cambio, se les dio la posibilidad de realizar portentosos pronunciamientos *ex cátedra*).⁴ O, por adaptarlo a las condiciones específicas de la historia del franquismo, las intervenciones de este grupo de profesores fueron las propias de un colectivo de «pequeños dictadores» que, como una representación de su compromiso con el régimen, ejercían su poder sin condiciones desde las magistraturas de sus cátedras. A fin de cuentas, el Nuevo Estado había entregado la universidad a los catedráticos para que la gobernasen.⁵ Y dentro de la sociedad orgánica que era la España franquista, la lealtad al caudillo, el respeto al espíritu de cuerpo, el principio de la jerarquía y la idea patrimonial del cargo les permitió marcar todo tipo de criterios,

² Una panorámica en las conferencias de Wolf LEPENIES, *¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la historia europea. Cátedra Europea del Colegio de Francia, 1991-1992*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008.

³ Véase la presentación de François HOURMANT, «Les intellectuels et pouvoir: des “idiots utiles” aux prophètes d’institution», en el libro colectivo editado por François Hourmant y Arnaud Leclerc, *Les intellectuels et le pouvoir. Déclinaison et mutations*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2012, pp. 7-28.

⁴ Richard WOLIN, «The Decline of the German Mandarins», *Modern Intellectual History*, n. 10, 1, abril 2013, p. 245; y Dirk MOSES, *German Intellectual and the Nazi Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 10-11. Basado en el retrato original que Max Weber realizó de los eruditos chinos, Fritz K. Ringer aplicó el concepto al estudio de los «intelectuales mandarines», que «son fundamentalmente los catedráticos de universidad» de ciencias sociales y de humanidades, en su clásico *El ocaso de los mandarines alemanes. Catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona, Pomares, 1995.

⁵ Véase Ignacio PEIRÓ, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013, pp. 37-84 y 119-259; y «Los “pequeños dictadores”: los catedráticos de Historia de la Facultades de Filosofía y Letras», *Historia Social*, 2014 (en prensa).

tomando decisiones imposibles de contradecir (siempre que no traspasaran ciertos límites políticos, ni entraran en contradicción con lo que la dictadura consideraba el bien general del cuerpo). Pero no solo eso.

Como el resto de los catedráticos universitarios, estas élites educativas e historiográficas ejercieron de cuadros al servicio de la función pública de la dictadura.⁶ Además de ocupar altos cargos políticos (alcaldías, presidencias de diputaciones y gobiernos civiles), desde el 9 de agosto de 1939, en que comenzó el largo ministerio del «historiador» José Ibáñez Martín, dispusieron de la confianza de los sucesivos ministros, siendo reclutados para los puestos más elevados de la administración central de la Educación Nacional (subsecretarías y direcciones generales). En paralelo, en los distritos universitarios de provincias, cuando fueron nombrados rectores y decanos de las facultades desempeñaron, junto a funciones académico-administrativas, responsabilidades de control político y policial. En cualquier caso, no está entre los objetivos del presente artículo indagar sobre los intelectuales o las élites universitarias del franquismo. Nuestra perspectiva es más limitada: la comunidad de historiadores (y, dentro de ella, el elenco de 132 catedráticos universitarios que, entre 1939 y 1969, desempeñaron las cátedras de historia en las facultades de filosofía y letras). Alrededor de esta muestra profesional, centraremos la mirada en la década de 1960 para exponer de forma sintética alguna de las continuidades y rupturas surgidas en el interior del colectivo rector del conocimiento histórico. Y eso sobre el gris escenario de la dictadura y un tiempo de silencio que trae a la historia el recuerdo permanente de la existencia cotidiana de unos historiadores en el purgatorio. Un lugar de penalidades docentes e historiográficas, dominado por el miedo a la palabra y las capitulaciones personales. Y un «clima cultural oficial que usualmente era irrespirable» e incómodo, repleto de inculturas y amenazas censoras, celos e incertidumbres en el que, al lado de unas pocas «personas de bien, liberales e incluso antifranquistas»:

catedráticos había, [...], que denunciaban a sus colegas, impartían con denuesto clases de Formación del Espíritu Nacional, expulsaban a sus

⁶ Para una posible comparación con el elitismo y el funcionamiento de los cuadros en una democracia presidencialista, véase Serge BERSTEIN, Pierre BIRNBAUM y Jean-Pierre RIOUX (dirs.), *De Gaulle et les élites*, París, La Découverte, 2008.

alumnos «rojos» y compraban con la parva asignación de su cátedra libros sobre los OVNI o los submarinos nazis en la segunda guerra mundial.⁷

La cátedra como magistratura: cultura dictatorial, obsolescencia historiográfica y «espacios de libertad» disciplinares

En el caso particular de los profesores de historia, la cátedra, considerada la institución representativa de una cultura política universitaria de orden dictatorial, fue, antes que nada, la instancia de legitimación de las certezas historiográficas de sus propietarios (65 en el escalafón de 1948; 80 en el de 1955; y 93 en el de 1964). Y, a la vez, el catedrático numerario personificaba el máximo poder oficial universitario que justificaba el autoritarismo y los comportamientos personalistas con el resto del profesorado. Al cabo, como ha señalado Miquel À. Marín Gelabert en su tesis doctoral, la Ley de Ordenación Universitaria de 29 de julio de 1943 abrió las puertas al poder absoluto y la arbitrariedad académica cuando, tras suprimir a los profesores auxiliares de la antigua universidad liberal, creó la figura del adjunto (vinculado a la cátedra), pero sin definición legislativa. De hecho, aunque el texto de la Ley establecía la próxima regulación del concurso-oposición (Cap. VIII. Art. 62), prácticamente hasta 1965, el nombramiento de los adjuntos por cuatro años, prorrogables a cuatro años más, se realizó siempre a petición del catedrático.⁸

En este punto, es necesario desprenderse de las convicciones inocentes acerca de que las buenas prácticas historiográficas y el magisterio de unos pocos fueran una garantía de integridad moral en las formas de la convivencia profesional. La cultura dictatorial de la cátedra impregnó todos los ámbitos de la cotidianeidad universitaria, impulsando de arriba abajo una ética del sometimiento, el «servilismo» y la «participación en la intriga personalista» que se convirtió, hasta el final de la dictadura, en una manera

⁷ José-Carlos MAINER, *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 11. La primera parte del título que rotula este artículo pretende rendir un pequeño tributo al magisterio y la escritura del profesor Mainer en su jubilación universitaria.

⁸ Miquel À. MARÍN GELABERT, *La historiografía española de los años cincuenta. Las escuelas disciplinares en un ambiente de renovación teórica y metodológica, 1948-1965*, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de Zaragoza, 2008, p. 213 (consultada gracias a la amabilidad del autor).

de vivir y de ser historiador universitario en España.⁹ Y es que la larga sombra de los pequeños Césares de la historia fue muy alargada, superando en numerosas ocasiones la cronología de la dictadura política (45 años fue catedrático Santiago Montero desde su toma de posesión en 1936 hasta su cese en 1981, cuarenta y uno de ellos bajo el régimen de Franco).¹⁰

Funcionarios del régimen, las promociones de jóvenes catedráticos que se sucedieron en los años cuarenta y cincuenta aprendieron a gobernar sus dominios sobre la marcha de acuerdo con una particular idea del derecho patrimonial que, cada uno a su manera, aplicó de forma inapelable tanto a los profesores de nivel inferior que estaban bajo su cargo como a los estudiantes (la edad media de ingreso en la cátedra durante estas dos décadas fue de 34,6 y 38 años, respectivamente; aunque destacaban los 24 de Rodríguez Casado y los 26 de Calvo Serer; 27 tenía Gil Munilla, 28 Palacio Atard y acababan de cumplir los 29 Céspedes del Castillo y Jover). Sin tener que rendir cuentas prácticamente ante nadie («en esta cátedra, ni Franco manda más que yo»), llegó a decir con tono airado Carlos Corona a uno de sus adjuntos,¹¹ además de regentar asignaturas y dictar clases magistrales, enviaron instancias a la superioridad, redactaron cartas de presentación y buscaron recomendaciones para sus «discípulos», favoreciendo destinos o truncando carreras académicas (a veces de forma «caprichosa» y, otras, practicando verdaderas venganzas personales). Y todo ello sin distinción de militancias político-religiosas, esencias regionales, talantes liberales, caracteres éticos o naturalezas cívicas que solo la posteridad interesada valora en positivo y atribuye por separado a cada uno de los historiadores universitarios del franquismo.¹²

⁹ Salvador GINER, «Libertad y poder político en la Universidad española: El movimiento democrático bajo el franquismo», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, n. 24-25, junio 1978, p. 54.

¹⁰ Dentro de la historia oral de la profesión perviven las anécdotas sobre las «genialidades» y «arbitrariedades» del gallego de El Ferrol y catedrático de la Universidad de Madrid Santiago Montero Díaz. Una biografía en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012.

¹¹ Véase I. PEIRÓ, «Los “pequeños dictadores”: ...», *op. cit.*, p. 1 (del original).

¹² Un apunte sobre el cuidado con el que el «capità» Vicens Vives protegía a su «colla» de discípulos y colaboradores en M. À. MARÍN GELABERT, «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», prólogo a Jaime VICENS VIVES, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Cortes de Aragón-Institución «Fernando el Católico», 2006, pp. XLVIII-LIX (incluye su decisión de expulsar de la Universidad de Barcelona a Rafael Olivar Bertrand).

No conozco descripción más precisa, al respecto, de la organización facultativa y del dominio ejercido por los catedráticos de aquel entonces que la siguiente:

Una Facultad era una federación de cátedras presidida por un Decano con altos poderes respecto a la federación pero con ninguna respecto a cada cátedra. Había tantas Cátedras como asignaturas, porque una Cátedra era solo una unidad docente. Una Cátedra la componían el catedrático y las personas que le auxiliaban en la explicación de las lecciones, si es que la materia necesitaba tal auxilio. En consecuencia, profesor universitario en puridad solo había uno, el Catedrático, y los demás eran sus «adjuntos» y «ayudantes». Esto no es un modo de decir, sino lo que ocurría en la práctica: tener auxiliares era tener subordinados.

Rápidamente se establecieron dos tipos de «adjuntos»: aquellos que siempre serían adjuntos y los que enseguida serían catedráticos. La decisión no la tomaba únicamente el interesado, también el catedrático realizaba una divisoria entre quienes eran «discípulos suyos» y quienes «estaban en su Cátedra». Al maestro competía ocuparse del futuro administrativo de sus discípulos». ¹³

Pero hay otra cuestión. Al ser la cátedra un órgano corporativo autónomo cuyo funcionamiento dependía en exclusiva de la personalidad de cada uno de los titulares, posibilitó la disposición y uso individual de unos «espacios de libertad» disciplinarios. En esto, como en otras cosas, las exploraciones históricas más recientes de las biografías individuales y colectivas de los catedráticos están demostrando la existencia de tres grandes rangos de historiadores: «los superiores, los activos y los demás». ¹⁴ Los pertenecientes a las dos últimas categorías constituyeron la mayoría profesional que apenas utilizaron estos dominios más allá de la práctica rutinaria de la docencia y la relativa proyección pública que tenía la cátedra en los medios político-culturales locales o nacionales. ¹⁵ Dejando de lado a

¹³ Jesús LONGARES ALONSO, «Carlos E. Corona Baratech en la Universidad y en la Historiografía de su tiempo», estudio introductorio a la edición facsímil de C. E. CORONA BARATECH, *José Nicolás de Azara*, Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras y Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, 1987, págs. XIV-XV.

¹⁴ *Ibid.*, p. XII.

¹⁵ Después de la aparición, en 1992, del pionero libro de Gonzalo Pasamar, y diez años después del *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, escrito en colabora-

los que dieron el salto a la política o las empresas públicas, la voluntad de servicio de los integrantes de esta nutrida sociedad profesoral les llevó a pasar toda su vida académica confortablemente enquistados en su posición de mando, acomodados en el gobierno de sus cátedras de las secciones de historia (61 en 1948; 87 en 1958; y 109 en 1974) o, como mucho, en el diligente desempeño de los puestos de gobierno de las «tradicionales» doce facultades de filosofía y letras (las autónomas de Madrid y Barcelona se fundaron en 1968). Dentro de la variedad, los perfiles de estos catedráticos, ligados a la rutina, la desidia y los comportamientos autoritarios, definieron la tipología básica de los «pequeños dictadores» de la historia («mandarines» o «elefantes de trompa dorada») cuyas principales características (inmovilismo intelectual y anquilosamiento metodológico, servilismo político y grata colaboración con la dictadura) sellarian, hasta 1975 y aún después, los procesos de obsolescencia y descomposición de la historiografía franquista.

En la comparación, las mismas investigaciones mencionadas han comprobado la actividad de un puñado de catedráticos *superiores* que, desde 1950, comenzaron a destacar como historiadores, para convertirse, más allá de las jerarquías políticas de la profesión, en *leading scholars*, autoridades que marcaron pautas al aprovechar los espacios de libertad creados en los entornos de sus cátedras para abrir caminos en el conocimiento y la organización de la disciplina histórica. Naturalmente, no

ción con Ignacio Peiró, continuado con los distintos prólogos a la edición de volúmenes de «clásicos» publicados en las dos colecciones de la pamplonesa Urgoiti Editores y la colección «Historiadores de Aragón» de la IFC., las investigaciones de historia de la historiografía del franquismo han avanzado mucho. Como investigador principal responsable del proyecto citado al principio y coordinador del Seminario de Historia de la Historiografía «Juan José Carreras Ares» de la Institución «Fernando el Católico», mencionaré, a título de ejemplo, los trabajos de M. À. MARÍN GELABERT, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, IFC, 2005; y *A través de la muralla. Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico*, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 2010, como ejemplo de la serie de estudios en curso sobre el historiador catalán. También los de Gustavo ALARÉS LÓPEZ, *Diccionario biográfico de los consejeros de la Institución «Fernando el Católico» (1943-1984). Una aproximación a las élites políticas y culturales de la Zaragoza franquista*, Zaragoza, IFC, 2008; y Severino Aznar y el Colegio de Aragón. *Epistolario*, Zaragoza, IFC, 2013. Y las investigaciones iniciales de Eduardo ACERETE DE LA CORTE sobre «Joan Reglà, un modernista en el franquismo», comunicación presentada IV encuentro de Jóvenes investigadores AHC, Valencia, septiembre de 2013, o la presentación «España medieval/Alemania contemporánea. El tránsito historiográfico de Juan José Carreras», en J. J. CARRERAS ARES, *Estudios de historiografía (1953-1969)*, Zaragoza, IFC, 2013 (en prensa).

hubo rupturas con sus compañeros, pues no podía haberlas. Existieron, eso sí, reajustes disciplinares dirigidos a restaurar el prestigio de la historia, suprimir las *cesuras de campo* establecidas durante la primera *hora cero* de la profesión, salvar el hiato con los maestros exiliados o represaliados y superar la angustiosa falta de medios (mediante la reproducción de procesos de profesionalización como fueron la fundación de revistas, la creación de instrumentos bibliográficos o la puesta en marcha de seminarios de formación). También funcionaron las redes de viejos camaradas políticos y de familiares católicos (engrosadas, en uno u otro caso, con los ambivalentes recorridos y sinuosos meritoriajes de los oportunistas), e incluso se constituyeron bandos y camarillas que entablaron batallas en los tribunales de oposiciones, polémicas educativas y querellas interpretativas sobre periodos y aspectos muy concretos del pasado nacional. Sin embargo, cabe advertir que, por lo general, las discrepancias fueron expresadas con tanta prudencia o vaguedad metafórica que nunca dieron lugar a polaridades y disyuntivas absolutas. En último término, a los efectos del proceso de *normalización*, cuyas primeras manifestaciones comenzaron a reflejarse en la práctica histórica e historiográfica a partir del segundo lustro de los años cincuenta, aparecieron tiranteces debido a la institucionalización de las escuelas disciplinares. Y, sin duda, se produjeron tensiones derivadas de choques entre *personalidades* de historiador en busca de territorios propios (al calor de las disputas «entre iguales» por una cátedra de nueva creación, pudo llegarse, incluso, a las manos). Pero poco más.

La corte historiográfica del franquismo: una grata colaboración

Se conservan cientos de fotografías y documentos gráficos de historiadores con el jefe del Estado: audiencias en El Pardo, acompañando su palio a la entrada de las iglesias, en procesiones, inauguraciones conmemorativas y centenarios, pero, probablemente, una de las instantáneas más célebres sea la realizada en la recepción celebrada en la Zarzuela con ocasión del bautizo del príncipe Felipe de Borbón el 30 de enero de 1968. En la imagen en blanco y negro, nítida y limpia, un sonriente Francisco Franco vestido con el uniforme de gala de capitán general conversa con Jesús Pabón, que ríe a carcajadas una ocurrencia del caudillo. Sin embargo, la posición poco natural, casi forzada, del monárquico de sentimiento y siempre ponderado «sumo pontífice de la

historia contemporánea» madrileña¹⁶ permite reflexionar sobre la compleja realidad ideológica, los estrechos límites establecidos por la dictadura a la vida política del interior, las prudencias de los monárquicos y las cartas marcadas con las que Franco manejó los juegos de la sucesión ante ellos y frente a las demás familias políticas y grupos de presión del régimen.¹⁷ Pero también nos lleva a preguntarnos acerca de la corte historiográfica de Franco y de los reajustes ideológicos de sus integrantes, del individualismo práctico y las adhesiones políticas de los catedráticos a un dictador a quien juraron fidelidad personal, al menos en el momento de su toma de posesión de la cátedra.

Y, de entrada, la respuesta parece evidente: de ningún modo se puede afirmar con rotundidad que todos los catedráticos de historia mantuvieran con idéntica intensidad sus lealtades franquistas a lo largo de su vida. Claro está que, entre tanto, tampoco es posible decir que existieran actitudes excepcionales que, al cuestionar de manera pública la hegemonía del pensamiento único nacionalista, católico y militarista, implicaran la aparición del *disidente* político en el más puro sentido del término. Por su parte, entre ambas aseveraciones, la historia de la historiografía permite, antes que nada, advertir de los distintos incendios epistemológicos que suponen: primero, seguir considerando a estos ciudadanos de la cultura franquista como «meros reclusos académicos».¹⁸ Segundo, persistir en situarlos entre los primeros de la lista de los agraviados por el régimen. Y, en tercer lugar,

¹⁶ Octavio RUIZ MANJÓN, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27, 2005, p. 11. Por lo demás, en plenos años azules del régimen estuvo desterrado en Tordesillas, desde marzo hasta diciembre de 1944, por haber organizado en la universidad una recogida de firmas de adhesión a la persona de D. Juan. Y, en 1966, el ministro Fraga Iribarne lo había cesado fulminantemente del consejo de administración de la Agencia EFE del que era presidente, desde 1940, al ser nombrado delegado en España del conde de Barcelona.

¹⁷ El tema constituye un apartado de la tesis doctoral de la becaria del Instituto Universitario Europeo de Florencia Verónica ROYO ROMANILLOS, *Juan Carlos I de España: La fabricación de un Rey en la Transición española (1969-1982)* (en realización).

¹⁸ La expresión entrecomillada en el polémico y comprensivo, a la vez, artículo de Peter LINEHAN, «The Court Historiographer of Francoism?: la *leyenda oscura* of Ramón Menéndez Pidal», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXIII, 1996, p. 445. El texto establecía las líneas y trataba de cerrar de manera ambigua el debate desarrollado entre los historiadores de la literatura sobre el «liberalismo» de Menéndez Pidal, a raíz de la publicación de los trabajos de María Eugenia LACARRA, «La utilización del Cid de Menéndez Pidal en la ideología militar franquista», *Ideologies and Literature*, 3.12, marzo-mayo 1980, pp. 95-127; y *El Poema del Cid: realidad histórica e ideología*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1980.

continuar los procesos de exhumación de sus mentes para descubrir las esencias incontrovertibles de unos comportamientos «heroicos» liberales, monárquicos, democráticos, nacionalistas, padres de la Transición, etc.¹⁹ No fueron nunca ninguna de estas cosas. Y es que, al tratar sobre los comportamientos políticos de las élites historiográficas del franquismo, los pecados de corazón cometidos por los historiadores profesionales pueden llegar a ser pecados mortales (y los yerros del relativismo te suelen enviar directamente a los infiernos de la teoría y el método de la práctica histórica).

Después de esto, conviene tener presente que la historia del largo siglo XX derrumbó hace mucho tiempo el viejo mito de la civilización tejido por los hombres de letras de la Ilustración, según el cual «el rechazo hacia la violencia y las formas totalitarias del ejercicio del poder es propio de las personas cultas y los intelectos ilustrados». Los ciudadanos de la cultura y la violencia no se excluyen.²⁰ A partir de aquí, se puede establecer de manera incontestable que las sucesivas promociones de catedráticos del franquismo que alcanzan los años finales de los sesenta entroncan con la violencia de una guerra civil y la perpetuación de una feroz dictadura. Dicho de otro modo, la guerra que todo lo marchita había acabado con el «tiempo de las escuelas históricas» de la profesionalización e iniciado el periodo de la «dictadura de los catedráticos». Y así, protagonistas de la primera hora cero de la memoria profesional, convencidos, arrepentidos o, simplemente, alineados *nemine discrepante* con el nuevo régimen, la corte historiográfica de Franco se constituyó en una «época integralmente política» con catedráticos de la época anterior que habían completado su proceso de fascistización política en 1939.

En efecto, purgados los errores del pasado a través de la confesión depuradora de los hombres y las instituciones de cultura, el entorno de la

¹⁹ Dejando de lado las más puras hagiografías de los familiares y discípulos, para detectar alguna de estas apreciaciones, valga como botón de muestra cuatro libros importantes de reciente aparición: Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, Universitat de València, 2008; Cristina GATELL y Glòria SOLER, *Amb el corrent de proa. Les vides polítiques de Jaume Vicens Vives*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012; X. M. NÚÑEZ SEIXAS, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, op. cit.; y alguna de las colaboraciones del libro editado por Rosario RUIZ FRANCO, prologado por Guadalupe Gómez Ferrer, *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.

²⁰ Wolfgang MARTYNEKIEWICZ, *Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)*, Barcelona, Edhasa, 2013, pp. 12 y 259.

historiografía franquista se elevó sobre la base original de cuarenta numerarios que ocuparon las cátedras en las universidades del Nuevo Estado (incluidos los sumisos colaboracionistas que debían «mostrar signos visibles de su rectificación liberal»²¹). Y porque para sobrevivir en el sombrío presente y tener alguna posibilidad en el incierto futuro no bastaba con mostrarse pasivo, las actuaciones de Eduardo Ibarra y Rodríguez (número uno del escalafón, catedrático de historia universal moderna y contemporánea en Madrid y patriarca de los primeros historiadores de Franco, con cincuenta y un años de carrera) pueden servir de ejemplo para rememorar los actos de humillación y vasallaje a los que debieron someterse ante los nuevos señores de la política.

Por aquel entonces el aragonés Ibarra tenía setenta y tres años, se había jubilado al cumplir la edad reglamentaria en enero de 1936 y, más tarde, se reincorporó a la cátedra, recuperado por las autoridades educativas (algo similar ocurrió con el titular de historia de España en Zaragoza José Salarrullana y con el de historia universal en Valencia José Casado García). Procedente de una familia universitaria, católico social, regeneracionista, liberal y maurista, desde su etapa de formación mantuvo estrechas relaciones con Julián Ribera y la escuela de arabistas («la tribu de los Banu Codera»²²), siendo uno de los impulsores de la primera etapa de la profesionalización historiográfica y la recepción en España de la historia económica como disciplina. El traslado a Madrid en 1914 amplió su universo de amistades, especialmente con los círculos de catedráticos conservadores. Tras las penalidades familiares sufridas durante la guerra, presentó su de-

²¹ La cita en Jordi GRACIA, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 48

²² Véase I. PEIRÓ MARTÍN, «Los aragoneses en el Centro de Estudios Históricos: historia de una amistad, historia de una “escuela”, historia de una profesión», en José-Carlos MAINER (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010, pp. 135-171. Por lo demás, entre otros catedráticos de la profesionalización, podrían servir de ejemplo las evoluciones ideológicas desde el liberalismo conservador o el regionalismo y su radicalización política hasta su conversión franquista las páginas que Carolina RODRÍGUEZ LÓPEZ dedica a Pío Zabala en *La Universidad de Madrid en el primer franquismo: ruptura y continuidad (1939-1951)*, Madrid, Universidad Carlos III-Editorial Dykinson, 2002; y su «Introducción» a Pío Zabala, *España bajo los Borbones*, Zaragoza, IFC, 2009, págs. IX-CXII. También el prólogo de Arturo COMPÉS, «El medievalismo profesional de Andrés Giménez Soler», que presenta la edición de A. GIMÉNEZ SOLER, *Fernando el Católico*, Zaragoza, IFC (en prensa).

claración jurada ante el rector Zabala y, tras declarar que antes del 18 de julio de 1936, «Pertenecí al partido de D. Antonio Maura y después a la Unión Patriótica: con posterioridad al 18 de Julio a ningún partido. Antes de 18 de Julio a la Asociación profesional de Licenciados y Doctores (de tendencia católica): después a ninguna», respondió a la última pregunta del cuestionario que le había remitido el juez instructor de Madrid aportando los nombres de los catedráticos Cayetano Alcázar y Cándido Ángel González Palencia como garantía de la verdad de sus manifestaciones.²³

Este último trámite le resultó fácil. De hecho, Ibarra contaba con amistades de toda la vida, no solo en el campo de la historiografía, sino también en las altas esferas de la política educativa, cuya ayuda no le iban a negar. Además de su compañero de cátedra y paisano Pío Zabala, allí estaba su antiguo alumno Cayetano Alcázar Molina, discípulo predilecto de su amigo Antonio Ballesteros Beretta y, en aquel entonces, una de las personas más cercanas al nuevo ministro de Educación Nacional, el turolense José Ibáñez Martín. Y, por supuesto, podía apelar a Ángel González Palencia, el discípulo que Ribera había hecho catedrático y, sin duda, el arabista mejor situado en la política del momento. La hora pública de quien escribió *Los mozárabes de Toledo, en los siglos XII y XIII* y, poco después, colaboró en el seudointelectual e infamante panfleto de combate *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*²⁴ le llegó con la inmediata posguerra al poner su talento al servicio de la depuración universitaria y la política municipal madrileña. En cuanto tuvo noticias del proceso que afectaba a Eduardo Ibarra firmó su declaración como testigo. Como era típico en ellos, los arabistas ni perdonaban los agravios ni olvidaban a los amigos que habían mantenido su confianza incólume en la escuela. Y

²³ «Declaración jurada de D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, presentada ante el Rector de la Universidad de Madrid, Madrid, 21 de noviembre de 1939», en «Expediente relativo a D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, Catedrático Jubilado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Ministerio de Educación Nacional. 28 de Noviembre de 1939», *Expediente Académico Personal*, AGA, Sección Educación y Ciencia, Legajo 9.613-9. El 17 de mayo de 1939, había sido nombrado juez instructor de Madrid el decano de medicina y catedrático de patología médica Fernando Enríquez de Salamanca y Dánvila.

²⁴ Ángel GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes de Toledo, en los siglos XII y XIII*, Madrid, Instituto Valencia de Don Juan, 1926-1930, 4 vols; y «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza», *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, S.A., 1940, pp. 273-276.

mucho menos cuando había llegado el momento de tratar los lazos académicos como un asunto político.

En aquel primer mundo del franquismo donde la generosidad era escasa, al anciano Eduardo Ibarra le debió resultar grato tener tales aliados para resolver «sin sanción» su expediente. Por si acaso, en su condición de académico de la historia, se dio prisa en realizar su voto de fidelidad al régimen, en la sesión solemne del 17 de diciembre de 1939, respondiendo de manera afirmativa en voz alta a la pregunta: «Señor académico: ¿juráis en Dios y en vuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de su tradición viva; en su catolicidad que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad, representada por el caudillo, salvador de nuestro pueblo?». ²⁵ Pero eso no sería todo, ni mucho menos. Con el celo excesivo de los conversos, se apresuró a solucionar otra de las cosas que le preocupaban: reabrió su relato autobiográfico escrito en 1936, cribó sus recuerdos y se desembarazó de cualquier rastro del pasado que pudiera ser considerado inapropiado por los nuevos dueños del poder. En el texto firmado el 1 de junio de 1940, que el ambiente opresivo le obligó a reescribir y publicar, había algo de autodefensivo en todas sus páginas. Pero, al mismo tiempo, había mucho de celebración y cooperación con el franquismo. Y, tal vez, había demasiado de identificación con la historiografía vencedora y alineamiento inquisitorial en contra de los historiadores «anticatólicos y antiespañoles». ²⁶

Este tipo de actitudes, generalizadas entre quienes constituyeron el núcleo original de la comitiva universitaria de historiadores de Franco, demuestran que las ideas sobre la continuidad con la historiografía anterior son una representación puramente nominal de la realidad. Y eso porque, junto a los citados Zabala, Ballesteros y Alcázar, recordamos las trayecto-

²⁵ Según Decreto núm. 436 de 8 de diciembre de 1937 y Orden de 1 de enero de 1938 firmada por el general Jordana, el voto era condición obligatoria para ser rehabilitado como numerario de la historia y del Instituto de España, *Legislación del Nuevo Estado*, vol. VI, Burgos, Aldecoa, 1938, p. 14. La fórmula del juramento la había redactado el secretario perpetuo del Instituto de España, Eugenio d'Ors y Rovira.

²⁶ Eduardo Ibarra y Rodríguez escribió su autobiografía como prólogo a «¿Por qué inició Castilla la colonización española en América?», Última lección expuesta en cátedra por D. --- al ser jubilado por edad el 30 de enero de 1936», *Revista de la Universidad de Madrid*, II, I, 1942, pp. 3-59; véase I. PEIRÓ, «Eduardo Ibarra y el nacimiento de la profesión de historiador en España», introducción a E. IBARRA, *El problema cerealístico en España*, Pamplona, Urgoiti Editores (en preparación).

rias políticas de Carlos Riba, Antonio de la Torre, Aurelio Viñas, Ciriaco Pérez Bustamante, Antonio Gallego Burín, Elías Serra Rafols, Alberto del Castillo, Carmelo Viñas, etc. Y pensamos, de igual modo, en el amplio arco de circunstancias personales y situaciones extremas que les llevó a apoyar decididamente al caudillo y al «movimiento salvador de España» que se había levantado contra un «gobierno inmoral y titánico»,²⁷ y, después, cuando llegó la hora de la victoria, les hizo sentirse muy satisfechos de ser franquistas.

A todas luces, el «atroz desmoche» universitario, calificado así por el temeroso Laín Entralgo en su *Descargo de conciencia*, pareció afectar a la plantilla de catedráticos de historia de las facultades de letras al perder más del 23 % de sus efectivos en el transcurso del conflicto, pues, de los 52 titulares incluidos en el escalafón oficial de 1935, solo 40 se reincorporaron a las cátedras en 1939.²⁸ Pero solo de manera aparente. De hecho, al repasar las causas que provocaron la desaparición de doce profesores, se constata que la violencia de la guerra afectó muy poco a este colectivo elitista con una cultura política de predominio claramente conservador. Las bajas estuvieron relacionadas, sobre todo, con las crisis de sucesión internas propias del sistema universitario. De tal manera esto fue así que, de los cuatro fallecidos a lo largo de la contienda, solo el titular de historia de España en Granada, José Palanco y Romero, fue fusilado en esa ciudad por mostrarse favorable a la República.²⁹ Por su parte, las muertes del franquista zaragozano Andrés Giménez Soler y los catedráticos falangistas de la Universidad de Valladolid, Julián Rubio Esteban y Claudio Galindo Guijarro, acacieron

²⁷ A. GIMÉNEZ SOLER, «El emblema del Yugo y las Flechas», *Aragón: revista gráfica de cultura aragonesa (Sindicato de Inicativa y propaganda de Aragón-SIPA)*, marzo 1938, p. 42, cf. por A. COMPÉS, «El medievalismo profesional de Andrés Giménez Soler», p. LII (del original consultado gracias a la amabilidad del autor). En el saco de las circunstancias abarca una amplia casuística: desde la muerte de un hijo en el frente (Giménez Soler perdió a su primogénito en la batalla de Brunete el 20 de julio de 1937) hasta las «conversiones intuitivas o cataclísmicas» a la manera de García Morente, como la del arrepentido catedrático de historia del arte y antiguo diputado del PSOE.

²⁸ Vuelvo a advertir que aquí solo nos centramos en los catedráticos de historia de las facultades de letras, sin ocuparnos del resto de los historiadores universitarios. En todo caso, la ruptura violenta y represora fue demostrada con minuciosidad por Jaume CLARET MIRANDA, *El atrozo desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.

²⁹ Miguel GÓMEZ OLIVER, *José Palanco Romero. La pasión por la Res Publica*, Granada, Universidad de Granada, 2007.

por causas naturales. A la suma, junto a las situaciones excepcionales de Hugo Obermaier y Ángel Vegue Goldoni, debemos añadir las excedencias del catalanista al servicio de Franco, Ferrán Vals Taberner; la jubilación voluntaria del antiguo ministro maurista Elías Tormo (pasó la guerra en Roma, para adherirse a Franco en 1938) y la forzosa de José Deleito, que lo convertirá en un caso especial dentro del escalafón corporativo que mantuvo su nombre hasta su retiro definitivo en 1949. En último término, lo más destacado fueron las separaciones definitivas de Pere Bosch-Gimpera, Claudio Sánchez-Albornoz, Agustín Millares Carlo y Juan Manuel Aguilar y Calvo. Los cuatro grandes maestros de la profesionalización expulsados que, en sus exilios definitivos, se encargaron de mantener vivas las distintas tendencias de la verdadera historiografía liberal y la concepción plural y heterogénea de la cultura nacional española, construida a lo largo del siglo XIX y los treinta y seis primeros años del XX.³⁰

En este punto, se encuentra la clave que derrumba los argumentos de quienes afirman las continuidades, relativizando la cuestión e intentando demostrar que con la guerra nada cambió en la historia y en la comunidad de historiadores (el malogrado Javier Tusell escribió: «Contrairement à ce qu'on pourrait penser, l'impact de la guerre sur l'historiographie scientifique espagnole fut moindre»).³¹ A estos historiadores que se fijan en la lista

³⁰ I. PEIRÓ, «La cultura», en Jordi CANAL (coord.), *La apertura al mundo 1880-1930*, vol. III de *España*, Madrid, Fundación Mapfre-Taurus (col. América Latina en la historia contemporánea), 2013 (en prensa). Sin ánimo de ser exhaustivo, pues, el tema del exilio intelectual está generando una cascada de bibliografía. Junto al excelente estudio introductorio de Jordi Cortadella a la edición de Pere BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003, pp. IX-CCXLIV, y las páginas de Francisco GRACIA ALONSO, *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política y exilio*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 395-569, sirva como muestra el reciente libro de José María LÓPEZ SÁNCHEZ, *Los refugiados de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*, Madrid, CSIC, 2013.

³¹ JAVIER TUSELL, «L'interminable guerre civile, l'échec de la réconciliation dans l'Espagne franquiste», *Enquêtes & Documents*, n. 21, 1995, p. 161. Por su parte, Ignacio Olávarri había centrado su interés en estudiar las continuidades para demostrar que nada cambió, «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», en *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 89-109. Desde entonces algunos advenedizos ansiosos por los dominios de la historia repiten estas mismas ideas sin citar su origen. Por eso me parece conveniente volver a recordar que, frente a aquellas opiniones, hace años que G. Pasamar demostró suficientemente las rupturas causadas por la guerra y la larga posguerra en la historiografía, *Historiografía e ideología en la posguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1991. Las investigaciones posteriores de autores ya citados como M. À. Marin o J. Claret verificaron la tesis de la ruptura historiográfica, universitaria y cultural.

de los cuarenta catedráticos que, tras saltar las trincheras de la Ciudad Universitaria de Madrid, reanudaron las clases en el caserón de la calle de San Bernardo o en los viejos edificios de las restantes once universidades franquistas, hay que demostrarles que fue todo lo contrario. Al fin y al cabo, lo único que prueban la continuidad de estos personajes son las militancias fascistas del turolense Julián María Rubio y el albaceteño Claudio Galindo ya mencionados, del asturiano Ciriaco Pérez Bustamante, el ferrolano Santiago Montero o el burgalés Julio Martínez Santa-Olalla. Y son, asimismo, una demostración de la extrema derechización experimentada por el resto de los propietarios de las cátedras de historia en las facultades de letras, encabezados por los nombres del uniformado rector de Madrid, Pío Zabala, y su colega, el decano de filosofía y letras Eloy Bullón. Un grupo que, como se ha señalado, fue abandonando su liberalismo conservador –si alguna vez fueron liberales– desde finales de la gran guerra, radicalizando sus posiciones políticas durante la II República hasta engrosar las filas del Movimiento y, en un buen número de casos, luchar en los frentes de la guerra.

Penetrados por el espíritu revanchista de las trincheras y sintiéndose vencedores ante sus colegas derrotados, las camisas azules y las chaquetas blancas, las manos alzadas, las quemaduras de libros y el canto del *Cara al sol*, recordados por el estudiante Julio Caro, son imágenes muy conocidas.³² Y por eso mismo sirven como representaciones de la abrumadora realidad de una historiografía radicalmente diferente. Y es que, en medio de todo tipo de capitulaciones inducidas por la falta de libertad, los catedráticos dejaron de ser historiadores al ser investidos de la autoridad de los «pequeños dictadores» y asumir de manera plena los componentes autoritarios de una cultura política que lanzó la historia al purgatorio y a sus antiguos compañeros al limbo del más absoluto olvido. Por lo demás, la vocación de perpetuidad del sistema dictatorial les llevó a poner en funcionamiento un modelo de sucesión basado en la cooptación corporativa que pervertía los principios del modelo profesional al convertir las oposiciones en una elección sobre todo política. Una disputa «teológica» entre militantes de las distintas familias del régimen. Como se sabe, acompasado al paso triunfal de los militares vencedores, el Movimiento, es decir, la «comunidad nacional de los universitarios españoles», se construyó sobre las sombras del exilio y los escom-

³² Julio CARO BAROJA, *Los Baroja (Memorias familiares)*, Barcelona, RBA, 2010, pp. 346-347, 351-353 y 355.

bros calcinados de la profesión, la represión y el encarcelamiento de los otros, la resolución de los expedientes depuradores y la declaración de «res-tringidas» de todas las oposiciones.³³

Pero todo esto no fue lo peor. Ante la mirada despavorida del ángel de la historia española, se puso en marcha la primera *hora cero* en el reloj del purgatorio de la profesión.³⁴ Mientras montones de ruinas crecían hasta el cielo, la corte de historiadores franquistas introdujeron una especie de *cesura de campo disciplinar* a través de la reconfiguración del campo del saber histórico, mediante la autoimposición de una limitada gama de categorías históricas y la aplicación de valores ajenos a las *especialidades*. Por lo demás, el propio arranque de la refundada profesión demuestra la estrecha alianza establecida con la política y la cultura del régimen. Solo así se entiende el notable poder académico del que pudieron disfrutar los catedráticos del franquismo y su extensión temporal (con permanencias medias al frente de sus cátedras superiores a los 33, 27 y 25 años para las promociones que ingresaron en los decenios de 1940-1949, 1950-1959 y 1960-1969, respectivamente).³⁵ De igual modo, tras la consolidación

³³ Sin entrar en matices de carnes y purezas ideológicas, resulta ilustrativo de lo dicho el siguiente dato: de los 36 nuevos numerarios que tomaron posesión de sus cátedras entre 1940 y 1949, 17 eran falangistas y 10 eran numerarios o estaban muy cercanos al Opus Dei. Los 9 restantes entremezclaban sus meritoriajes y adhesiones con el nacionalcatolicismo de los acenepistas, los monárquicos, los tradicionalistas o, simplemente, era suficiente con ser, como Ángel Ferrari Núñez, un aristocrático millonario partidario de Franco.

³⁴ La metáfora recogida de Walter Benjamin en Juan José CARRERAS ARES, *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, IFC, 2003, pp. 85-97.

³⁵ Las cifras generales se clarifican con los ejemplos individuales. Así, de los 36 que ingresaron en la primera década (1940-1949) y desempeñaron toda su carrera en el franquismo, destacan las carreras de Vicente Rodríguez Casado y de Rafael Calvo Serer, cuyos nombres figuraron en los escalafones durante 46 y 44 años, respectivamente; con 41 les siguieron Martín Almagro y Joaquín Pérez Villanueva; y con 40, Ángel Ferrari, Manuel Ballesteros Gaibrois y Luciano de la Calzada. La lista continuaba con los nombres de Ángel Canellas, Antonio Calderón Quijano y Federico Suárez Verdeguer, que fueron catedráticos durante 39 cursos; un año menos lo fueron Vicente Palacio Atard y Juan Maluquer, y durante 37 ejercieron la titularidad de sus cátedras Enrique Marco Dorta, José María Lacarra, José María Jover Zamora y Antonio Beltrán Martínez. Y eso sin contar que varios de ellos continuaron como eméritos (por ejemplo, en los dos últimos casos citados, tras su jubilación, en 1986, mantuvieron su relación contractual con sus universidades hasta 1995). Por debajo, los que menor tiempo desempeñaron el cargo fueron: Emilio Camps Cazorla, fallecido a los 49 años el mismo día en que aparecía su nombramiento en el BOE como director del Museo Arqueológico Nacional y cuando apenas se celebraban tres desde su toma de posesión de la cátedra de historia del arte de la Universidad de Oviedo. Y Jaime Vicens Vives, que murió en 1960 a los 13 años de alcanzar la de historia universal moderna y contemporánea de la

institucional de la nueva comunidad en las décadas de 1950 y 1960, se comprenden las posibilidades que tuvo esta historiografía para seguir proyectando sus efectos en no pocos procesos de reproducción interna – hasta finales de los años ochenta– y en fenómenos historiográficos que llegan remozados hasta nuestros días. Las voces de los historiadores franquistas se siguen escuchando apenas debilitadas por el paso de los años, y no parece aventurado señalar que, en la actualidad, algunas tesis del revisionismo histórico parecen estar alentadas por sus ecos y por los intentos de recrear una nueva «Primavera para Franco» desde el consenso establecido entre ancianos historiadores franquistas que permanecen atrincherados en fundaciones e instituciones académicas y una nueva promoción de historiadores neofranquistas. Al fin y a la postre, hace unos pocos años, el anciano catedrático de medieval en Valladolid (1947), hagiógrafo de Franco y académico, Luis Suárez Fernández, se prestaba al combate por la historia contra los partidarios de la memoria histórica. Para ello, además de invocar la protección divina («Desde mi propia amargura pido a Dios que nos ayude a recobrar el sentido»), no dudaba en evocar la memoria de López Rodó, Carrero Blanco y Fernández Miranda, de Adolfo Suárez y Fernando Suárez, presentes, como él mismo, en el pleno de las Cortes franquistas celebrado el 22 y 23 de julio de 1969, en el que se estableció el juramento del futuro rey, para resaltar la línea de continuidad existente entre el régimen político de Franco, la monarquía de Juan Carlos I y la transición democrática.³⁶ Poco después, se autoencargaba la voz dedicada al caudillo en el Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia.³⁷

En fin, lo he dicho ya, pero conviene repetirlo: en el seno de la comunidad historiográfica del franquismo hubo evoluciones y transformacio-

Universidad de Zaragoza. De los 25 numerarios de los años cincuenta, 14 superaron las tres décadas, entre los que destacan Juan José Martín González (36), Luis Suárez Fernández (34), Fernando Solano (33), Manuel Lucas Álvarez (33), Jaime Delgado Martín (33) y Antonio Ubieto (33). Finalmente, de los 31 catedráticos de los años sesenta, 6 pasaron de los treinta años al frente de las cátedras: José Luis Martín Rodríguez (38), Luis Miguel Enciso (35), Manuel Riu (33), Santos García (31), Emilio Gómez (31) y José Luis Comellas (30).

³⁶ Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, «Una muy particular memoria histórica», *ABC*, lunes 9 de octubre de 2006, p. 3.

³⁷ Una denuncia en el epílogo escrito por Alberto Reig Tapia en el libro colectivo editado por Ángel VIÑAS, *En el combate por la Historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012, pp. 903-941 (en especial pp. 926, 932 y 934).

nes disciplinares en torno a 1956 (a la vez que algunos empezaron a pensar en los pros y los contras de confesar retórico arrepentimiento), y habrá en el futuro «*pedigree* liberal hacia 1970» e invocaciones al *neotacitismo* del siglo XVIII.³⁸ Sin embargo, de manera similar al resultado del referéndum celebrado en diciembre de 1966 sobre la Ley Orgánica del Estado, la mayor parte de los catedráticos de historia de las facultades de filosofía y letras no tuvo intención alguna de romper la baraja. Desde sus alturas, a ninguno de ellos se le ocurrió pensar en una democracia parlamentaria ni acerca de un retorno al sistema multipartidista anterior a la guerra. De hecho, eran muy pocos quienes, como Jesús Pabón, sin ocultarlo, se atrevían a esperar un retorno de la monarquía a largo plazo, por supuesto (Florentino Pérez Embid, miembro destacado del Opus Dei, director general de Propaganda [1951-1952], de Información [1952-1957] y de Bellas Artes [1968-1974], que formaba parte del consejo privado de D. Juan, se mostró partidario de la transformación del franquismo en una «monarquía tradicional»). Entre los miembros del grupo, con la peregrina excepción del temerario Calvo Serer,³⁹ resulta prácticamente imposible encontrar una manifestación pública a la manera de lo que comenzaban a hacer algunos catedráticos de otras facultades (incluidos unos pocos historiadores de derecho, políticas o económicas) y, dentro de sus dominios facultativos, los agregados de 1965 y ad-

³⁸ Véase J.-C. MAINER, *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, op. cit., p. 41. Por lo demás, el término neotacitismo fue recuperado por Juan Marichal para referirse a Tierno Galván, y fue explicado por el filósofo José Luis L. Aranguren como referente opositor a raíz de la convocatoria del referéndum de diciembre de 1966, «Poder, oposición y “neotacitismo” », *Cuadernos para el Diálogo*, junio-julio 1967. Un estudio impecable sobre la revista se encuentra en Javier MUÑOZ SORO, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006 (se apunta la evolución y colaboraciones de Aranguren en pp. 44-45, 81-86, 209-210, 277-278).

³⁹ En 1946, el monárquico Calvo Serer había cambiado su cátedra de historia universal en Valencia (1942) por una de historia de la filosofía española y filosofía de la historia en Madrid, véase O. DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, op. cit., pp. 29-30 y 69-73. Por lo demás, desde mediados de los años cincuenta, actuaba como un intelectual católico que circulaba como un *outsider* por los márgenes de los círculos de poder del Opus Dei. Sus recorridos políticos y manifestaciones, que pasaron de proponer terceras fuerzas a solicitar medidas aperturistas del régimen y establecer comparaciones entre los dos ancianos generales de Francia y España (solicitando el retiro de Franco y De Gaulle), terminaron con su exilio, el secuestro y la voladura, en 1973, del diario *Madrid* que presidía, en las páginas un tanto hagiográficas como refleja el propio título del libro de Onésimo DÍAZ y FERNANDO de MEER, *Rafael Calvo Serer. La búsqueda de la libertad (1954-1988)*, Madrid, Ediciones Rialp, 2010, pp. 77-247.

juntos que comenzaban a romper el miedo a las jerarquías, acompañados de los inconformistas profesores no numerarios, los becarios y los estudiantes. Sin máscaras ni camuflajes, los «pequeños dictadores» de filosofía y letras siguieron manteniendo con firmeza una posición general de continuismo político e inmovilidad ideológica («lo que realmente soy es falangista jose-antoniano», escribió el catedrático de historia Moderna de Zaragoza Fernando Solano a su camarada José Navarro Latorre, director del madrileño Instituto Ramiro de Maeztu).⁴⁰

Por esto y por bastantes cosas más, al medir las trayectorias de los catedráticos de historia del franquismo con la vara del tiempo y el lugar que les tocó vivir, es prácticamente imposible no describir su situación como «una muy grata colaboración».⁴¹ En la década de 1960, se aprecia la continuidad en las mentalidades cómplices de unos catedráticos que formaban parte de las élites culturales y seguían codeándose con la cúpula del régimen. Un Estado orgánico que extendía su manto protector a los distintos órdenes (económico, social e ideológico) de la sociedad dictatorial a la que servían desde sus magistraturas universitarias. Atendiendo a otros factores de la cultura política de la época, baste mencionar la elevada condición de clase alcanzada y las sinecuras económicas inherentes al cargo, disfrutadas por la comunidad de los historiadores al completo (desde las gratificaciones por cátedras acumuladas o por impartir de manera voluntaria la asignatura de formación del espíritu nacional, hasta las facilidades para salir al extranjero, pasando por los alquileres reducidos para viviendas, etc.).⁴² En este mismo orden, se sitúa el interés de los políticos rectores de la educación nacional por reforzar la centralidad de la Universidad de Madrid al mejorar de un modo sustancial los sueldos de los catedráticos de la capital del Estado. De hecho, las anotaciones en las hojas de servicios y los extractos de nóminas conservados en los expedientes personales reflejan la intensa atracción económica que para los numerarios de provincias ejercía

⁴⁰ «Carta de Fernando Solano Costa a José Navarro Latorre, Zaragoza, 7 de noviembre de 1960», *Archivo José Navarro Latorre. Zaragoza. 41.1. Materias confidenciales (1953-1962)*. Agradezco la noticia de esta carta a G. Alarés López.

⁴¹ W. LEPENIES, *¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la historia europea*, op. cit., p. 363.

⁴² De todas las viviendas para el profesorado que se edificaron en las distintas universidades, quizás la más famosa fuera la Residencia de Profesores de la Complutense, ubicada en el centro del barrio madrileño de Moncloa y conocida popularmente como «la profesorera».

el traslado a una de las cátedras de historia de la Facultad de Letras de Madrid (17 en 1948; 20 en 1955 y 1964; y 26 en 1974). Conquistar una plaza en la Central, además de un pasaporte hacia el mandarinato universitario, suponía multiplicar por cuatro el sueldo (de media pasaban de las 160.000 pesetas anuales) respecto a lo que se cobraba en el resto de las universidades españolas.⁴³

La consideración, en todo caso, de los niveles económicos, beneficios materiales y privilegios sociales que, sin duda, ayudaron a superar las posibles ingratitudes e insatisfacciones del intelecto y a reforzar la idea de permanencia de la mayoría convencida no nos debe impedir reconocer a quienes ejercieron el derecho a ser posibilista (podía servir de modelo la frase «estar donde siempre estuve» del filólogo Francisco Ynduráin).⁴⁴ Tampoco debemos negar el valor de aquellos entre los historiadores «superiores» que poco a poco fueron venciendo a sus fantasmas del pasado y temores diarios hasta convertirse en «molestos» escépticos y descreídos políticos de franquismo (mentalidad peligrosa para cualquier dictadura, pues Hitler ya lo «había identificado en *Mi lucha* como el problema fundamental de la burguesía, una clase que discutía y razonaba»).⁴⁵ Al respecto, los caminos andados por el inquieto «capitán» Vicens Vives resultan ilustrativos de cómo un catedrático franquista de 1947 con proyección de mandarín en el seno de la profesión se fue transformando en un adelantado e incomprendido «intelectual» en el marco de la sociedad catalana y española de los años cincuenta, quedando truncadas tanto su metamorfosis historiográfica como la evolución de sus ideas políticas por su muerte inesperada el 28 de junio de 1960 en Lyon.⁴⁶ De igual modo, hay que reconocer los recorridos realizados por un reducido número de los catedráticos con cargos en la política nacional: algunos opusdeístas y unos

⁴³ Motivos económicos que ayudan a explicar, en buena parte, las aspiraciones y frustraciones académicas que aparecen en las biografías de los historiadores más celebrados de los años cincuenta y sesenta.

⁴⁴ J.-C. MAINER, *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, op. cit., p. 41.

⁴⁵ W. MARTYNKEWICZ, *Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)*, op. cit., p. 563.

⁴⁶ Véase M. A. MARÍN GELABERT, *España contemporánea (1814-1953)*, Barcelona, El Acontilado, 2012 (versión catalana *Espanya contemporània (1814-1953)*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012); C. GATELL y G. SOLER, *Amb el corrent de proa. Les vides polítiques de Jaume Vicens Vives*, op.cit.

pocos falangistas de primera hora. Entre estos últimos, destaca la trayectoria del titular de historia de España moderna y contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela, Joaquín Pérez Villanueva, quien, desde su falangismo inicial (fue gobernador civil de Segovia y Salamanca entre 1946 y 1951), pasó a apoyar el proyecto «comprensivo» de Ruiz-Giménez, formando parte de su equipo en el Ministerio de Educación Nacional como director general de Enseñanza Universitaria (1951-1956). En septiembre de 1962, le siguió en la puesta en marcha de *Cuadernos para el Diálogo* (1962) y avanzó hacia posiciones de apertura, reconciliación y recuperación de cierta tradición intelectual liberal, sin renunciar a su neta identificación con el franquismo (en 1974, fue nombrado director del patrimonio artístico).⁴⁷ Y, en último término, nunca debemos olvidar los enmascaramientos políticos, las escapatorias individuales y los distanciamientos ideológicos que tuvieron como escenario la intimidad de las conciencias o los reducidos círculos de familiares, amigos y discípulos (testigos privilegiados a los que debemos creer, pues en la actualidad son los únicos testimonios capaces de aducir rastros y aportar las máscaras como pruebas de la veracidad de las tomas de posición de sus allegados y maestros).

Mucho más, tratándose de un régimen que no temblaba al celebrar sus «veinticinco años de paz» poco después de haber ejecutado a Julián Grimau, recordando a toda la Europa democrática la continuidad sangrienta de una dictadura fascista en el sur. Y un gobierno que, menos aún, dudaba en utilizar el Ministerio de Información y Turismo, gobernado por un aguerrido catedrático de derecho político, para chantajear sectariamente a los profesores e intelectuales del interior, auspiciando campañas y publicando libelos como *Los nuevos liberales, florilegio de un ideario político*. Un aviso a navegantes y un toque de atención a los descarriados Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Santiago Montero Díaz, José Luis López Aranguren, José Antonio Maravall y Antonio Tovar: «todos los cuales sentaron las más férreas bases para las medidas contra la libertad que se han venido aplicando desde 1936. Nos parecería bien ahora que estos ideólogos se arrepintieran y callaran, pero nos parece mal que pretendan

⁴⁷ J. MUÑOZ SORO, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, op. cit., pp. 37 y 44.

alzarse también hoy en líderes de lo contrario que defendieron antes».⁴⁸ En esta línea, Fraga Iribarne se mostrará como un esforzado guardián de las políticas del pasado del régimen, preocupado por ampliar el control político de la historia española hacia lo más contemporáneo (convertido en un centro de atención y debate, especialmente entre los hispanistas). Para ello, ordenó la creación de la Sección de Estudios sobre la Guerra de España, a cuyo frente puso al futuro *parvenu* de la profesión, Ricardo de la Cierva.

Poco después, en el verano de 1965, a raíz de los acontecimientos estudiantiles de enero-febrero que tuvieron como escenario la Universidad Madrid, se produjo la expulsión de sus cátedras de Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren y Agustín García Calvo, acompañada de las suspensiones por dos años de Mariano Aguilar Navarro y Santiago Montero Díaz, y la dimisión de José María Valverde.⁴⁹ No parece casualidad, al respecto, que fuera elegido juez instructor de los expedientes de sus compañeros madrileños uno de los máximos representantes de los «pequeños dictadores» de provincias: el falangista Luciano de la Calzada, «hombre especialmente fanático y sañudo [...], de tan brillante historial represivo en el Valladolid de julio y agosto de 1936».⁵⁰ Titular de la cátedra de historia de España en Murcia desde 1942, director del Colegio Mayor Cardenal Belluga y decano perpetuo de la Facultad de Filosofía y Letras, entre otros «prebostazgos y canonjías políticas», era presidente de la Hermandad de Alféreces Provisionales de la Cruzada y delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Segura «con categoría, dignidad y tratamiento de director general».⁵¹ Quizá fue una de las últimas demostraciones oficiales de poder de la corte historiográfica de Franco. Las cosas estaban cambiando, y 1965 significó una verdadera línea divisoria para la universidad y la historiografía.

⁴⁸ *Los nuevos liberales, florilegio de un ideario político*, [s.l.], 1965, p. 8.

⁴⁹ Véase J. MUÑOZ SORO, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976)...*, *op.cit.*, pp. 83-84; y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Miguel Ángel RUIZ CARNICER y Marc BALDÓ LACOMBA, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, pp. 231-240. Una minuciosa descripción biográfica en X. M. NÚÑEZ SEIXAS, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz. Una biografía entre la nación y la revolución*, *op.cit.*, pp. 218-226.

⁵⁰ Pedro LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Instituto de Estudios Turolenses, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2003, pp. 429-430.

⁵¹ Antonio MARTÍNEZ SARRIÓN, *Una juventud. Memorias II*, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 22-30 (las citas pp. 24-25).

Las puertas abiertas del purgatorio

Mientras tanto, el futuro con toda su carga de ilusiones se había colado en el purgatorio de la historia franquista. Poco a poco, frente al núcleo más duro de los «pequeños dictadores» (verdadero búnker de resistencia de la cultura política hasta sus jubilaciones), un grupo reducido de compañeros marcaron las distancias al completar su metamorfosis de historiador y trocar las antiguas denominaciones de «humanistas y cristianos» por la de «liberal». Para ellos, la realidad se puso de su lado. No solo porque supieron desembarazarse de sus atributos externos y consolidar sus posiciones de vanguardia histórica frente a la historiografía conservadora, sino también, porque a diferencia del *Angelus Novus* benjamiano, tuvieron la capacidad de detectar el huracán del progreso que soplaba desde abajo y no dejarse enredar sus alas al mirar hacia el pasado. En sus propósitos por abrir las puertas a la renovación de la historia, contaron con la ayuda de la emergente generación de nuevos aprendices de historiadores que, huérfanos de padres, aceptaron su magisterio precursor. Por su parte, utilizaron los espacios de libertad de las cátedras para acoger a unos pocos de aquellos aprendices de historiador que habían perdido el miedo e incorporado el marxismo como ideología de su militancia antifranquista y el materialismo histórico como instrumento teórico para la reinterpretación de la historia de España.

Y aunque a principios de 1970 todavía quedaban cinco largos años de dictadura y el mundo no invitara a inclinarse precisamente hacia el optimismo, el recuerdo de uno de sus compañeros más adelantados les pudo ayudar a reconocer las fatigas de su generación y, en un esfuerzo por superarlas, correr los riesgos que suponía entender la salida del purgatorio de la historia franquista, navegando con la corriente de proa:

[...] som una generació fatigada –la guerra ens ha deixat més capolats del que sembla– i que molts estem petant per malalties del cor, l'origen de les quals trobem en els bombardeigs, esglais i complexos d'aquests darrers trenta anys. El nostre cor ha bategat més de pressa que el dels nostres pares, i ho hem de pagar.⁵²

⁵² «Carta de Jaume Vicens Vives a Santiago Sobrequès Vidal, 3 de febrero de 1960», Cf. Jaume SOBREQUÈS CALLICÓ (ed.), *Història d'una amistat. Epistolari de Jaume Vicens i Vives*

Anexo. Catedráticos de historia de las facultades de filosofía y letras (1936-1969)

Nombre	Nace	Ingresa	Cesa
IBARRA Y RODRIGUEZ, Eduardo	1866	1888	1940
MIRAL Y LÓPEZ, Domingo	1872	1902	1942
TORMO Y MONZÓ, Elías	1869	1902	1939
OVEJERO y BUSTAMANTE, Andrés	1871	1902	1941
SALARRULLANA Y DE DIOS, José	1867	1903	1940
MARTÍNEZ Y RAMIREZ, Martiniano	1867	1903	1937
RIBA GARCÍA, León Carlos	1872	1904	1949
GIMÉNEZ SOLER, Andrés	1869	1905	1938+
GONZALVO PARÍS, Luis	1874	1905	1940
ZABALA Y LERA, Pío	1879	1906	1951
DELEITO Y PIÑUELA, José	1879	1906	1949
BALLESTEROS BERETTA, Antonio	1880	1906	1949
MURILLO Y HERRERA, Francisco	1878	1907	1951
TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la	1878	1911	1949
PALANCO Y ROMERO, José	1887	1911	1936+
APRAIZ Y BUESA, Ángel	1885	1911	1955
AMORÓS BARRA, José Vicente	1887	1914	1957
BOSCH-GIMPERA, Pedro	1891	1916	1939*
SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio	1893	1918	1939*
LASO DE LA VEGA Y LÓPEZ, Miguel	1893	1917	1957
CASADO GARCÍA, José	1867	1919	1940
VIÑAS NAVARRO, Aurelio	1894	1920	1959
RAMOS LOSCERTALES, José María	1890	1920	1959
MILLARES CARLO, Agustín	1893	1921	1939*
OBERMAIER, Hugo	1877	1922	1939

BARÓ COMÁS, Joaquín	1874	1922	1944
RUBIO Y ESTEBAN, Julián	1897	1922	1939+
SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier	1891	1922	1961
PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco	1896	1922	1965
GALINDO GUIJARRO, Claudio	1897	1922	1937+
VALLS TABERNER, Ferran	1888	1922	1942
CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, Juan	1893	1923	1963
FERRANDIS TORRES, Manuel	1898	1923	1968
ANGULO ÍÑIGUEZ, Diego	1902	1925	1972
MERGELINA LUNA, Cayetano	1890	1925	1969
MARÍN OCETE, José Antonio	1900	1925	1970
PERICOT GARCÍA, Luis	1899	1925	1969
ALCÁZAR MOLINA, Cayetano	1897	1926	1958
SERRA RAFOL, Elías	1898	1926	1968
GALLEGO BURÍN, Antonio	1898	1926	1961
USÓN SESÉ, Mariano	1889	1927	1944
CAMÓN AZNAR, José	1898	1927	1968
CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata	1899	1927	1969
FERRANDIS TORRES, José	1900	1928	1948
PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, Jesús	1902	1930	1972
AGUILAR Y CALVO, Juan Manuel	1891	1930	1939*
CASTILLO YURRITA, Alberto del	1899	1931	1969
VIÑAS MEY, Carmelo	1898	1931	1968
GARCÍA BELLIDO, Antonio	1903	1931	1972
MONTERO DÍAZ, Santiago	1911	1936	1981
MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, Julio	1905	1936	1972
ALMAGRO BASCH, Martín	1911	1940	1981
FERRARI NÚÑEZ, Ángel	1906	1940	1980
BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel	1910	1940	1980
SOSA PÉREZ, Luis de	1902	1940	1971

PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín	1910	1940	1981
LACARRA Y DE MIGUEL, José María	1907	1940	1977
URÍA RÍU, Juan	1981	1940	1961
CALZADA RODRÍGUEZ, Luciano	1909	1942	1974
RUMEU DE ARMAS, Antonio	1912	1942	1982
PALOMEQUE TORRES, Antonio	1908	1942	1978
RODRÍGUEZ CASADO, Vicente	1918	1942	1988
CALVO SERER, Rafael	1916	1942	1986
ÁLVAREZ RUBIANO, Pablo	1910	1942	1978
MATEU LLOPIS, Felipe	1901	1943	1972
MARCO DORTA, Enrique	1911	1943	1980
CANELLAS LÓPEZ, Ángel	1913	1944	1983
FLORIANO CUMBREÑO, Cristino	1892	1944	1963
GAMIR SANDOVAL, Alfonso	1899	1944	1962
GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio	1908	1944	1978
JIMÉNEZ-PLACER, Fernando	1906	1945	1976
LAÍNEZ ALCALÁ, Rafael	1899	1945	1969
SALAS BOSCH, Francisco Javier de	1907	1945	1977
ARRIBAS ARRANZ, Filemón	1903	1947	1968
VICENS VIVES, Jaime	1910	1947	1960
PALACIO ATARD, Vicente	1920	1948	1986
SAN VALERO APARISI, Julián	1913	1948	1973
SUÁREZ VERDEGUER, Federico	1917	1948	1987
CALDERON QUIJANO, Federico	1917	1948	1987
CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo	1920	1949	1987
PÉREZ EMBID, Florentino	1918	1949	1974
AZCÁRATE RISTORI, José María	1919	1949	1986
CAMPS CAZORLA, Emilio	1903	1949	1952
BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio	1916	1949	1986
MALUQUER DE MOTES, Juan	1915	1949	1986

GIL MUNILLA, Octavio	1922	1949	1992
JOVER ZAMORA, José María	1920	1949	1986
PÉREZ SANTIAGO, Justo (Pérez de Urbel)	1895	1950	1965
NAVASCUÉS Y DE JUNA, Joaquín María	1900	1950	1970
HERNÁNDEZ DÍAZ, José	1906	1950	1976
SOLANO COSTA, Fernando	1913	1950	1983
SÁNCHEZ MONTES, Juan	1925	1952	1977
ABBAD-JAIME DE ARAGÓN, Francisco	1910	1952	1972
GARÍN Y ORTÍZ DE TARANCO, Felipe María	1908	1952	1978
LUCAS ÁLVAREZ, Manuel	1917	1952	1985
CORONA BARATECH, Carlos	1917	1953	1985
ALONSO DEL REAL RAMOS, Carlos	1914	1955	1984
SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis	1924	1955	1989
DELGADO MARTÍN, Jaime	1923	1955	1988
UBIETO ARTETA, Antonio	1923	1955	1988
PALOL SALELLAS, Pedro de	1923	1956	1988
TARRADELL MATEU, Miguel	1920	1956	1986
MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José	1923	1957	1993
GUERRERO LOVILLO, José	1919	1957	1989
SECO SERRANO, Carlos	1923	1957	1989
SÁEZ SÁNCHEZ, Emilio	1917	1958	1988
MARÍN MARTÍNEZ, Tomás	1919	1958	1988
REGLÁ CAMPISTOL, Juan	1917	1959	1973
VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín	1925	1959	1990
ALCINA FRANCH, José	1922	1959	1988
BLANCO FREIJEIRO, Antonio	1923	1959	1988
NIETO GALLO, Gratiniano	1917	1959	1984
HERNÁNDEZ PERERA, Jesús	1924	1960	1989
PITA ANDRADE, José Manuel	1922	1960	1987
ARTOLA GALLEGU, Juan Miguel	1923	1960	1988

UDINA MARTORELL, Federico	1914	1960	1984
CEPEDAN ADÁN, José	1916	1960	1986
JORDÁ CERDÁ, Francisco	1914	1962	1984
COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis	1928	1963	1993
CID PRIEGO, Carlos	1920	1963	1985
OTERO TÚÑEZ, Ramón	1925	1963	1990
BENITO RUANO, Eloy	1921	1964	1986
ARRIBAS PALAU, Antonio	1926	1965	1991
MARTÍN DUQUE, Ángel Juan	1926	1965	1981
MOXÓ Y ORTIZ, Salvador	1921	1965	1980
BONET CORREA CALDERÓN, Antonio	1925	1965	1991
TORRALBA SORIANO, Federico	1913	1965	1983
EIRAS ROEL, Antonio	1931	1965	1999
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel	1921	1965	1986
ENCISO RECIO, Luis Miguel	1930	1965	2000
GIRALT RAVENTÓS, Emilio	1927	1965	1992
BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María	1926	1965	1991
MONTENEGRO DUQUE, Ángel	1918	1965	1988
VIGIL PASCUAL, Marcelo	1930	1965	1986
GARCÍA LARRAGUETA, Santos	1925	1966	1997
NÚÑEZ CONTRERAS, Luis	1932	1966	1991
MARTÍN RODRÍGUEZ, José Luis	1936	1966	2004
RIU RIU, Manuel	1929	1966	1999
GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores	1922	1967	1992
BETHENCOURT MASSIEU, Antonio	1919	1967	1988
ESCANDELL BONET, Bartolomé	1924	1967	1989
PRESEDO VELO, Francisco José	1923	1969	1988
GÓMEZ PIÑOL, Emilio	1940	1969	2010

+ Fallecido. * Exiliado.